

CHARLIE

(A Isabelita Ramos)

El mes de abril siempre llega, con sus aguas primaverales, al campus de la Universidad de Warwick y a sus alrededores. Con el empuje vital de la primavera, los árboles se llenan de verdes brotes y el césped crece con más fuerza, cubriéndose de florecillas amarillas. Es también el comienzo del último trimestre en la Universidad.

En mis primeros años de profesor de español en la Universidad, viví en una de las residencias para estudiantes. Un día, en que yo estaba de guardia, me llamaron los porteros de Rootes Hall para decirme que un estudiante les había llevado una pequeña ardilla que había encontrado en la cuneta de la carretera, cerca de Westwood. Por lo visto, algún vehículo había atropellado al pobre animal cuando cruzaba la carretera.

Al llegar a Rootes Hall, los porteros me enseñaron la ardilla envuelta en un sucio paño de cocina. Aunque era muy pequeña, tenía una poblada y espesa cola. Más tarde, supe que la palabra en inglés, para ardilla, *squirrel*, proviene del griego y significa cola-sombra, ya que la ardilla usa la cola para dar sombra a todo el cuerpo. Su piel era gris, con una mancha blanca en la barriguita, tenía los ojos semicerrados y parecía aturdida por el golpe. Ya que los porteros no sabían qué hacer con ella, decidí llevarla a mi apartamento en el campus.

Cuando llegué al apartamento, improvisé una cuna con una caja de pañuelos kleenex, usando los pañuelos arrugados como colchón y, después de acostar a la ardilla en ella, la dejé en el cuarto de baño. Le puse agua en un plato hondo y unos cacahuets machacados en un pequeño cuenco. Antes de acostarme, fui a ver lo que hacía y me pareció que dormía tranquilamente.

Cuando me levanté, entré en el cuarto de baño e intenté despertarla. Al tocarla, se arqueó sobre sus patas traseras y me lanzó un gruñido de protesta: -¿Qué querrá este gigante barbudo?- debió pensar. La cogí con cuidado y le hablé, tratando de calmarla, e intenté que bebiera un poco de leche. Me escupió la leche. Traté de darle agua, con el mismo resultado. Le dije que si no bebía y comía se iba a morir. Antes de ir al trabajo, hablé con Mollie, la asistente de la residencia, para que no se asustase al verla y no dejara que se escabullera. Me preguntó: -¿Cómo se llama?-. Le contesté que no tenía nombre. La cogió delicadamente. La miró y me dijo en inglés: "*It's a boy!*" -¡Es un mozo!- Así que decidimos llamarlo Charlie.

Cuando volví del trabajo, me pareció que había bebido un poco de agua y encontré unos cacahuets esparcidos por el suelo.

Todos los días, antes de ir y al volver del trabajo, hablaba a Charlie e intentaba que bebiera y comiera algo. Poco a poco, empezó a beber agua y a comer unas galletas y avellanas machacadas. El cuarto de baño se transformó en su 'madriguera'.

Con el paso de los días, fue recobrando la agilidad y viveza propias de su edad. Cuando yo entraba en el baño, ya no me extrañaba e incluso se acercaba y me olfateaba con su hocico.

Un fin de semana, mientras yo echaba una siesta, sentí algo que tocaba mi cara. Me desperté y vi que era la cola de Charlie que se había quedado dormido debajo de mi sobaco. Desde ese instante, en el que yo pasé a reemplazar los padres perdidos, Charlie me seguía a todas partes. Empecé a dejarle libre en el apartamento, cuando yo estaba en casa. Su actividad era increíble; nunca estaba quieto, se subía y bajaba de la cama, las sillas y el escritorio. Incluso, empezó a trepar por mi cuerpo, como si yo fuera un árbol, quedándose parado en mi hombro para verme cocinar. Lo más gracioso era verlo sentado en sus patas traseras, con sus patas delanteras arqueadas, mientras comía las nueces con sus 'manecitas'.

Cuando me ponía a escribir, se subía a mi escritorio y me miraba atentamente, como diciendo: -¿Cuándo vas a acabar?-.

Cada vez era más difícil controlar sus idas y venidas; un día se metió en el ropero y destrozó, masticándolo, uno de mis zapatos. Al día siguiente, se lo conté a Mollie y ésta me dijo que tendría que dejarlo salir afuera, a corretear por el césped.

Con recelo, decidí que había llegado el día de hacer la prueba. En frente de mi apartamento, había un viejo roble. Dejé a Charlie al pie del árbol y le dije que aprendiera a trepar y jugara hasta que yo lo llamase. Meneó su cola, tal como hacía cuando estaba contento y, en un abrir y cerrar de ojos, se puso a trepar por el árbol. Yo temí que tal vez escapara y que nunca lo iba a volver a ver. Al oscurecer, me acerqué al árbol y lo llamé. Charlie saltó del árbol ágilmente y, contento de verme, trepó a mi hombro. Desde ese día, supe que podía dejarlo afuera cuando iba a trabajar, e incluso, llevarlo a pasear.

Charlie se hizo muy pronto muy popular en el campus con los estudiantes y los visitantes. La gente, cuando me veía pasar con Charlie en mi hombro, se paraba y nos miraba sorprendida.

En Inglaterra hay una antigua y enraizada tradición de tener en las casa animales domésticos: gatos, perros, tortugas, cabras, conejos, conejitos de Indias etc., pero las ardillas son más difíciles de domesticar.

Recuerdo el día que fui a ver a una colega y dejé a Charlie en la oficina de su secretaria. Christine tenía en gran estima a los animales; así que le puso a Charlie un plato con agua y unos pedacitos de galleta. Charlie, después de beber, comer y corretear por la oficina, se orinó en la alfombra. Cuando terminé de hablar con mi colega, Christine me dijo lo que había pasado.

Le pedí disculpas y ella me dijo que no me preocupara ya que estaba acostumbrada después de haber criado a muchos perritos. En el mes de junio, el césped del campus de la universidad se llena de estudiantes que, echados en la hierba, leen sus apuntes y toman el sol, vestidos como si estuvieran en la playa. Yo les solía dejar a Charlie, mientras vigilaba un examen o los estaba corrigiendo. A Charlie le gustaba dar vueltas alrededor de los estudiantes, mientras éstos le daban de comer un buen surtido de nueces que él, a veces, llevaba a su ‘madriguera’.

Pronto llegó el mes de julio y con él las vacaciones. Normalmente, todos los estudiantes y, gran parte de los profesores, dejan la universidad. Yo siempre iba a España. Como no podía dejar a Charlie solo, decidí hablar con Christine. Christine vivía cerca de la universidad y tenía una casa con un gran jardín. Además, tenía una hija de diez años y un hijo de siete. Le dije que si podría cuidar de Charlie en mi ausencia; aunque era muy probable que Charlie se escabullera y buscara vivir en el ambiente más natural del campo. También le dije que lo podía alojar en el garaje, dejando la puerta entreabierto. Yo siempre había pensado que, al final, tendría que dejar que Charlie volviera a vivir libre en el campo. Me dijo que estaba encantada de poder ayudarme y que James, su hijo, se iba a poner muy contento.

Llegó el día de la despedida de Charlie. Después del trabajo, Christine vino a mi apartamento con sus hijos. Le expliqué a Charlie que me iba a España y, ya que él no podía viajar conmigo, iba a pasar unas vacaciones con la familia de Christine. Después, al tratar de dárselo a James, se agarró a mi camisa y con sus ojos, velados por la tristeza, me pareció decir: -Yo no quiero ir con ellos. Déjame que me quede contigo-.

Con mucho cuidado, se lo di a James y le dije que le rascara, tibiamente, la testuz.

Al día siguiente, fui a la oficina de Christine y le pregunté cómo les había ido. Me dijo que Charlie, aunque al principio había extrañado la casa, había estado jugando con los hijos hasta que llegó su marido y que Charlie le había dado un enorme susto al correr hacia él, pensando que era yo quien había llegado.

Cuando volví de mis vacaciones, Christine me dijo que, a poco tiempo de llegar, Charlie había elegido la libertad de la campiña inglesa; pero, a veces, volvía y lo veían correr por el jardín. También me dijo que, cuando ellos estaban en el jardín, se les acercaba sin miedo, y le daban de comer.

Fui a la casa de Christine unos días después y salí al jardín con la esperanza de ver a Charlie. Lo llamé varias veces, pero Charlie no vino a mí como hacía antes. Pensé si me habría olvidado o no me habría perdonado el haberle abandonado.

Salvador Ortiz-Carboneres
Honorary Fellow

Universidad de Warwick